UN CABALLERO

Estatura media —1,65—, delgada, las formas bien marcadas, piernas rellenas, castaña, ojos grandes y expresivos, pelo corto con rizos incipientes, y un no sé qué, que pone saltones los ojos a los hombres. Esta es Lidia. Viste bien, lo que ella cree la última. Moda, se entiende. Nunca va a parte alguna con hora fija, pero anda tan veloz como si llevara siempre una hora de retraso. Una especie de Renfe, sólo que al revés. ¡Ah!, aunque sea indiscrepción, diremos que tiene unos 25 años. Ahora bien: no los aparenta, palabra.

El día es festivo, alegre y variopinto. Los niños, los jóvenes, los hombres y hasta los militares sin graduación, han dejado las prendas de abrigo en casa. Las damas comienzan a dejarse ver los brazos. Nuestra amiga Lidia, con ese andar que sólo tienen las mujeres de estos lares, con un brazo asida a su prima y con el otro balanceando con garbo el bolso va, como cada vecino de la ciudad que tira a pueblo, o del pueblo que tira a ciudad, de paseo. Como siempre, soriendo y hablando sin dejar paso al desaliento.

—¿Quién es tu pretendiente?—, le pregunta su prima. Y como ella no precisa que la tiren demasiado de la lengua, entre risas, gritos, saltos, explica todo. Quizá algo más que todo. Porque Lidia tiene una bonita cabeza y también —raro es, pero cierto— bastante imaginación.

—¡Qué tonta! Juan, es... ¿cómo te diría yo? Ya está: un caballero. Te le voy a describir, vas a ver qué risa. Bueno, antes te diré que lleva más de un mes acompañándome. Le gusto, pero no se atreve. ¡Es tan prudente! Se desvive en dejarme siempre la derecha, en atenderme. ¡Es tan educado! Y luego, un modelo de chico. No tiene más diversión que el ajedrez y la lectura. Nada de novelas de esas que nos gustan a nosotras, nada de eso. Lee sólo cosas buenas. Con decirte, hijita, que yo que no soy tonta no las entiendo.

—Chica, qué aburrimiento. ¿Y qué es?

—Está colocado en un Ministerio. Jefe de Administración. Tiene lo menos cincuenta a sus órdenes. Y si es sueldo... menudo sueldo tiene.

—Pues, la verdad, Lidina, no es mi tipo, pero créeme que yo no le dejaría escapar. ¡Qué suerte tienes, chica!

—Y que lo digas. Y físicamente, no creas, que no está mal. Alto, bien proporcionado, moreno, grandes entradas, algunas canas... Resulta interesante.

—Te repito, Lidia: no le dejes escapar. A no ser, claro, que tenga grandes vicios.

—Qué va.

En efecto, el jefe de administración carece de vicios mayores y menores. Bebe agua bicarbonatada en las comidas, fuma muy poco, y su castidad resiste toda prueba. Su vida es metódica. Hasta para el trabajo. Llega tarde a la oficina, mueve unos papeles, los distribuye entre sus subordinados y se pone el hombre, muy concienzudo, a leer el ABC.

A la prima de Lidia le asalta, de repente, tal vez porque la están chistando unos jovencitos, esta idea, que expone a su parienta con ojos llenos de malicia:

—¿No será un viejo, verdad?

—¡Qué cosas tienes! La edad *impo* de los hombres: 35.

En las calles la animación va en aumento. Parejas y más parejas de novios endomingados. La prima de Lidia no puede disimular su envidia y se entrega al deporte de criticar. Cuando él es irreprochable, ella es una birria; si a la inversa, él es un golfo.

Con este palique, se paran a mirar el escaparate de una zapatería. Al lado, una tasca. Está llena. De viejos, maduros y jóvenes. Lidia se acuerda de su hombre, le compara con los bebedores y exclama:

—¡Qué pena!

A la puerta de la tasca dos individuos, de unos 30 años, hablan o, más bien, gritan.

—Vaya un pito que me has dao. Pura flor de andamio, macho.

—Oye, tú. Que aquí tienes un chato.

Las primas los observan con gesto mitad simpatía, mitad repugnancia, y ven que son dos muchachos que el atuendo les tiene sin cuidado. Americana de sport, pantalón gris, sin corbata, el uno; traje azul, camisa blanca y flojo el nudo de la corbata el otro. Vuelve Lidia a decir:

—¡Qué pena!

Los muchachos, que quieren matar la tarde, encuentran buen pasatiempo en ellas.

—¡Qué hermosa estás!—, le dice a Lidia el descorbatado. Y así un piropo y 20 más.

Nuestras amigas se van a velocidad supersónica. Los muchachos, a la carga. Ellas no contestan. Piropos, piropos, piropos.

—Pelicorta: para suegra no tenías precio, guapa.

A Lidia le hace gracia. Lidia está a punto de rendirse. Lo consulta con su prima.

—¿Y el caballero?—, contesta ésta asombrada.

—A la porra el caballero.

CARLOS H. BUSTAMANTE

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 5/1959.